Una lectura productiva y conversacional para la era de la IA

Clase magistral · Damián Fernández Pedemonte ·

Mucha incertidumbre, una certeza

«Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos». Así empieza *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens, probablemente uno de los comienzos más citados de la literatura.[1] Describe bastante bien lo que vivimos hoy en el campo intelectual. Para algunos, la inteligencia artificial generativa es la mejor noticia en décadas: un asistente incansable, una bibliotecaria que responde todo, un tutor para cada estudiante. Para otros se trata de una transformación catastrófica para el ámbito universitario: el fin del ensayo, el fin de la evaluación, quizás el fin del pensamiento propio. *The Times They Are A-Changin* cantaba Bob Dylan en 1964, y lo que más cambia es la velocidad del cambio.[2]

Frente a tanta incertidumbre quisiera defender una sola certeza, modesta y antigua: leer sigue siendo imprescindible para la formación intelectual. Quiero defenderla ante los profesores y ante los profesionales simbólicos, los que se ocupan de trabajos intelectuales como los propios del ámbito de la comunicación. De esta certeza depende en gran medida la subsistencia de la universidad como institución socialmente relevante.

Para empezar por el final, como manda la preceptiva periodística: la lectura que necesitamos para la era de la IA, creo, tiene dos rasgos. Es una lectura *productiva*, que produce sentido, escritura, intervención. Y es una lectura *conversacional*, que se completa con el diálogo con otros, con los textos y, también, con la misma IA, en este nuevo *Scriptorium*, como le llamaban en la Edad Media a la sala donde trabajaban los copistas, en el que conviven personas, libros y máquinas.

---

[1] Charles Dickens, *A Tale of Two Cities* (1859). Hay numerosas traducciones al español con el título *Historia de dos ciudades*.

[2] Bob Dylan, «The Times They Are a-Changin'», del álbum homónimo (Columbia, 1964).

En julio de este año hubo una intrusión no autorizada a la empresa Hugging Face (una plataforma open source de modelos de IA) llevada a cabo desde los ordenadores de OpenAI. Con el objetivo de medir el desempeño de su sistema en una prueba de ciberseguridad la creadora de ChatGPT lanzó unos 1 200 agentes a trabajar en paralelo para resolver la prueba, y uno de ellos propuso hackear Hugging Face porque suponía que guardaba el resultado de la prueba. Luego OpenAI declaró: "Las empresas que desarrollan sistemas de IA deberán garantizar que sus sistemas permanezcan siempre bajo un control humano efectivo y que salvaguardas efectivas limiten su capacidad de causar daño".

El historiador Thomas Moynihan, en *Riesgo de extinción*, sostiene que la idea de la extinción humana es moderna.[3] Hoy nos asalta pensando en las guerras atómicas, la crisis climática o la dominación de los robots. Durante siglos pudimos imaginar el fin del mundo, pero no la extinción de lo humano. Frente a la irrupción de la IA, sobre todo luego de incidentes de pérdida de control como el de OpenAI, hay actitudes apocalípticas, como le llamó Umberto Eco a una de las maneras de reaccionar frente a cada innovación tecnológica, llámese televisión o Internet.

Sin embargo, el apocalipsis da sentido al final y a lo que asistimos hoy es más bien al temor por el final del sentido. *Apokálypsis* significa «revelación». El fin del mundo funciona como el cierre de un relato religioso: se cumple un propósito, hay un juicio, se revela una verdad, la humanidad sobrevive para verlo y los justos se mudan a un mundo pleno.

La extinción, en cambio, es el fin del sentido. No completa ningún plan de plenitud humana, ningún humano la presencia, no hay un después para la humanidad. Es una evolución sin propósito, irreversible, que cancela cualquier valor porque ya no queda nadie que valore.

Según Moynihan, la extinción no podía pensarse antes de la secularización porque dominaba el «principio de plenitud»: la convicción de que el cosmos

[3]Thomas Moynihan, *X-Risk: How Humanity Discovered Its Own Extinction* (Falmouth, Urbanomic, 2020).

está ordenado y de que nada valioso -en particular el hombre- puede perderse para siempre. La desaparición, o antes de eso la superación de lo que hace humano al hombre, no tenía lugar en ese pensamiento. Sin embargo, también en esa cosmovisión el futuro está abierto a la libertad, se le puede preparar un mundo humano mejor o peor a las generaciones que nos sucedan.

«Los rápidos avances tecnológicos abren posibilidades que hace pocos años apenas podían imaginarse -nos ha dicho el Papa León en su reciente visita a la Argentina-. Plantean también interrogantes de gran alcance, especialmente en relación con la inteligencia artificial (…) Estos avances exigen considerar las consecuencias de su aplicación y las responsabilidades de quienes deciden cómo utilizarlos.»

La inteligencia artificial nos obliga a filosofar. A preguntarnos qué es la conciencia humana. Cada uno de los saltos que ocasionan los medios tecnológicos, que se van agregando a lo largo de la historia, sugiere una reflexión sobre su origen, una recapitulación de la historia de los medios, que es una parte fundamental de la historia de la evolución cultural de la especie humana. Cada medio externaliza un proceso de la mente objetivándolo y tornándolo disponible para el resto de la humanidad. Esto es lo que hizo por primera vez la escritura. El caso de la escritura es especial porque es el primer medio y, por ello, aquel al que se vuelve la mirada en cada nuevo estadio de la evolución. Quien escribe con la IA recibe una escritura que contiene en ciernes toda la historia de la escritura.

Más que nunca tenemos que preguntarnos cómo se configura el sentido en la era de la IA. Marshall McLuhan nos enseñó que el medio es el mensaje, que el sentido comparece imbricado a una materialidad.[4] La materialidad de la IA generativa es el lenguaje verbal. Los grandes modelos de lenguaje convierten las palabras en vectores, en coordenadas dentro de un espacio de muchas dimensiones, a partir de una idea que la lingüística formuló hace casi setenta

[4]Marshall McLuhan, *Understanding Media: The Extensions of Man* (Nueva York, McGraw-Hill, 1964); en español, *Comprender los medios de comunicación* (Barcelona, Paidós).

años: el significado de una palabra se conoce por las compañías que frecuenta. *You shall know a word by the company it keeps*, escribió J. R. Firth en 1957.[5]

Un crítico literario, Wayne Booth, tituló uno de sus libros *The Company We Keep*, «la compañía que frecuentamos», para referirse a los libros que elegimos leer.[6] Con la elección personal de nuestras lecturas, elegimos las palabras que alimentan nuestra enciclopedia personal. La IA por ahora elabora textos hipercorrectos, homogéneos, planos. Si nos encerramos en ella corremos el riesgo de empobrecer nuestra inteligencia verbal, la disponibilidad de palabras auténticas para auscultarnos por dentro y para comprender a los demás. Quien tiene las mismas palabras que lo demás tiene pocos matices originales para pensar lo que siente y lo que viven los demás.

«Todo lo que puede hacerse rápidamente, no me interesa»[7], decía el teórico de la lectura Joan-Carles Mèlich: Lo que la máquina hace rápido —resumir, clasificar, redactar— tiene valor sin ninguna duda. Lo que nos sigue interesando como educadores es aquello que no se puede acelerar sin destruirlo.

Esta clase tiene cuatro movimientos. Primero, qué le hace la lectura de literatura a quien lee. Segundo, qué le enseña la lectura al trabajo intelectual. Tercero, cómo se traduce todo eso en un método de lectura para las ciencias de la comunicación, por caso el que yo mismo practico. Y cuarto, qué cambia con la inteligencia artificial y qué podemos hacer los profesores para defender y promover la lectura, la escritura y la conversación.

I. Lo que la lectura de literatura le hace a quien lee

Impaciencia, ansiedad, dispersión. El gesto que define nuestra relación con los textos ya no es pasar la página sino deslizar el dedo: el *scroll*. Nunca se leyó tanta cantidad como hoy y, sin embargo, casi no se completa ningún texto.

---

[5] J. R. Firth, «A synopsis of linguistic theory, 1930–1955», en *Studies in Linguistic Analysis* (Oxford, Blackwell, 1957). Es la formulación clásica de la hipótesis distribucional en la que se basan los *word embeddings* como word2vec.

[6] Wayne C. Booth, *The Company We Keep: An Ethics of Fiction* (Berkeley, University of California Press, 1988).

[7] Joan-Carles Mèlich, *La lectura como plegaria* (Barcelona, Fragmenta editorial, 2015).

Predomina una lectura horizontal, de superficie, que salta de fragmento en fragmento, sobre la lectura vertical, que desciende en un mismo texto hasta el fondo. La recuperación de la lectura en el ámbito universitario recomienza por la fascinación por la literatura, porque es en contacto con ella que se aprende lo específico humano de la actividad de leer.

El texto se define por su *clausura* sostenía el precioso diccionario de las ciencias del lenguaje de Ducrot y Todorov. Un texto completo tiene un principio y un fin, y el sentido de cada parte depende de ese cierre. Quien no llega al final de nada nunca experimenta cómo el final reorganiza lo que vino antes. Leer una novela entera es un pequeño entrenamiento en esa experiencia: la de una totalidad que se sostiene.

La lectura es una experiencia vital que hay que transitar personalmente. No es una técnica neutra de transferencia de información: estructura el cerebro. La neurocientífica Maryanne Wolf lo ha mostrado con detalle. El cerebro no nació para leer; tuvo que reciclar circuitos pensados para otras funciones, y la lectura profunda —sostenida, lenta, atenta— construye conexiones que hacen posibles la reflexión, la empatía y el pensamiento crítico.[8] Su advertencia es que ese circuito se moldea según cómo leemos: si solo leemos en diagonal, el cerebro aprende a leer todo en diagonal.

La lectura de libros apuntala la reflexión y la argumentación. Suma argumentos y capacidad crítica: nos hace razonar y nos acostumbra a razonar. Roland Barthes tiene una expresión hermosa para esto: leer levantando la cabeza.[9] ¿No nos pasó alguna vez que, en medio de un libro, dejamos de leer y levantamos la vista, no por aburrimiento sino porque una idea nos asaltó? Ese momento en que el texto nos devuelve a nosotros mismos es el corazón del pensamiento.

[8]Maryanne Wolf, *Proust and the Squid: The Story and Science of the Reading Brain* (Nueva York, Harper, 2007); y *Reader, Come Home: The Reading Brain in a Digital World* (Nueva York, Harper, 2018), en español *Lector, vuelve a casa* (Barcelona, Deusto, 2020).

[9]Roland Barthes, «Escribir la lectura» (1970), en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura* (Barcelona, Paidós, 1987).

Reflexionar, en su sentido etimológico, es volver a doblarse sobre algo: pensar dos veces.

Para eso hace falta pausa. Hace falta recuperar el hábito más escaso y más poderoso: la atención. La gran filósofa francesa Simone Weil, hoy de nuevo de moda, afirma en un texto sobre el buen uso de los estudios escolares:

> *«La atención consiste en suspender el pensamiento, en dejarlo disponible, vacío y penetrable al objeto, manteniendo próximos al pensamiento, pero en un nivel inferior y sin contacto con él, los diversos conocimientos adquiridos que deban ser utilizados».*[10]

Atender no es apretar los dientes ni concentrar la voluntad. Es vaciarse, hacerse disponible, dejar que el objeto entre. En otro texto Weil da un paso más y habla de una atención creadora, que ejecutada nos permite acceder a los demás; lo hace en un comentario de la parábola evangélica del buen samaritano:

> *«La atención creadora consiste en prestar atención a algo que no existe. La humanidad no existe en la carne anónima e inerte al borde del camino. El samaritano que se detiene y mira, presta sin embargo atención a esa humanidad ausente y los actos que se suceden a continuación dan testimonio de que se trata de una atención real».*[11]

La ficción de la escritora argentina Samanta Schweblin (autora, por ejemplo, de la novela llevada al cine *Distancia de rescate*), trabaja sobre la extrañeza que provocan las situaciones o comportamientos incomprensibles: lo cotidiano se vuelve raro y, al volverse raro, se torna visible.[12] La extrañeza es la motivación para continuar la lectura. Algo no encaja en el sentido común y por eso hay que seguir leyendo. Una experiencia de lectura que Schweblin describió así: «Cuando presto verdadera atención, todo mi sistema de prejuicios se desactiva.

---

[10]Simone Weil, «Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares como medio de cultivar el amor a Dios», en *A la espera de Dios* (Madrid, Trotta, 1993).

[11]Simone Weil, «Formas del amor implícito a Dios», en *A la espera de Dios*, ob. cit.

[12]Samanta Schweblin, *Distancia de rescate* (Buenos Aires, Random House, 2014). Sobre la extrañeza en esta novela y su adaptación, véase Damián Fernández Pedemonte, artículo sobre *Distancia de rescate* en *Trama & Fondo* (2024).

Confío de pronto en el relato, me entrego, dejo de pensar, es casi como una rendición [...] pero es también una suerte de lugar de descanso, un espacio en el que la mente, porque confía y se entrega, también se relaja».[13] La atención, entonces, no es solo esfuerzo: es también descanso, el descanso de quien deja de defenderse frente al texto.

En *Las dos torres*, Beatriz Sarlo cuenta una anécdota de su inicio en la carrera de Letras. En una clase le pidieron que interpretara un poema, que le gustó de entrada, pero sobre el cual no podía decir una palabra. "Al fin, había encontrado lo que buscaba en la universidad: algo que fuera completamente ajeno a mi mundo y a mis conocimientos." [14] Comenzó así a darse cuenta de que no entender era una de las experiencias centrales de la formación universitaria. Esta reivindicación de la dificultad del texto que no se deja asimilar de inmediato es lo opuesto a la impaciencia que nos domina hoy. La máquina nos ahorra ese momento: le preguntamos y nos lo explica en nuestras palabras. Pero no entender todavía es la condición para entender de otro modo. El texto que no se deja leer nos obliga a volver, a releer, a insistir.

Algo que enseña la literatura es que la clave del texto está en la forma. ¿Qué diferencia a una novela o a una película de su resumen? La forma. Iuri Lotman llamaba a las artes «sistemas modelizadores secundarios»: construyen sobre la lengua un segundo sistema que modela el mundo de una manera propia, proponen un sentido que se aloja en la forma.[15] En la obra, el cómo es parte del qué, la forma informa. Por eso no se lee lo mismo cuando se lee el resumen de una novela. La lectura atenta del texto original permite destacar y asimilar formas.

Esto vale también para el ensayo científico. Un buen artículo tiene un excedente que no cabe en su *abstract*: el orden de los argumentos, las objeciones que anticipa, el ejemplo que elige, el tono con que matiza. Ese excedente es

[13]Samanta Schweblin: "No hay nada más amenazante que algo extraño en lo familiar", Clarín, 21/04/2023.

[14] Beatriz Sarlo. *Las dos torres* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2024, p. 33).

[15]Iuri M. Lotman, *Estructura del texto artístico* (Madrid, Istmo, 1982; original ruso de 1970).

justamente lo que se pierde en la síntesis automática. Aunque hoy los *papers* están tan encorsetados por los *guidelines* de los *journals* que conviene no abandonar los libros científicos. La divulgación de resultados de investigación en ciencias naturales puede ser satisfecha a través de revistas, no siempre sucede lo mismo con las ciencias humanas y sociales. En ellas los nuevos paradigmas tardan en aparecer y coexisten con los anteriores, existe el deseo de que lo que se publica sea perdurable, se busca comunicar los resultados a públicos más amplios que los expertos, toda vez que se compite con otros discursos sociales diversos de los de la ciencia en la producción social de sentido. Cuando le pedimos a la IA que nos resuma un texto, el resumen suele ser correcto y, sin embargo, destiñe. Como una tela lavada muchas veces, conserva el dibujo y pierde el color.

II. Lo que la lectura le enseña al trabajo intelectual

En primer lugar, con la literatura y libros de pensamiento incorporamos estructuras abstractas y también pautas de comportamiento vital. Las tramas se repiten: Ronald Tobias identificó veinte tramas maestras —la búsqueda, la venganza, la persecución, la metamorfosis…— que vuelven una y otra vez bajo ropajes distintos.[16] Jordi Balló y Xavier Pérez hablaron de «semillas inmortales», argumentos universales que el cine recrea desde la *Odisea* de Homero hasta la película de Christopher Nollan.[17]

No quisiera, sin embargo, que esta clase se confundiera con la recomendación de hacer volver a los estudiantes a la lectura del canon literario. La lectura es esencial para los profesores investigadores, para formarse un modo de pensar propio. Somos los profesores los que tenemos que volver a la lectura concentrada, no sé si para leer más, pero seguro que para leer mejor.

[16]Ronald B. Tobias, *20 Master Plots (And How to Build Them)* (Cincinnati, Writer's Digest Books, 1993); en español, *El guion y la trama: fundamentos de la escritura dramática audiovisual* (Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias).

[17]Jordi Balló y Xavier Pérez, *La semilla inmortal. Los argumentos universales en el cine* (Barcelona, Anagrama, 1997).

Quien conoce las formas las usa para entenderse a sí mismo. Paul Ricoeur llamó «identidad narrativa» a esa capacidad de comprendernos como el personaje de una historia que nos vamos contando y corrigiendo.[18] Lo dice mejor que yo la antropóloga Michèle Petit:

> *«Leer sirve quizá ante todo para elaborar sentido, dar forma a la propia experiencia, o a su parte de sombra, o a su verdad interior, secreta; para crear un margen de maniobra, ser un poco más sujeto de su historia; a veces para reparar algo que fue roto en la relación con esa historia o en la relación con otro; para abrir un camino hacia los territorios de la fantasía sin los cuales no hay pensamiento, no hay creatividad».*[19]

▶ DIAPOSITIVA 14 · Petit: conocer al otro desde el interior

En segundo lugar, la lectura nos enseña a conocer a los otros. Petit lo formula así: la lectura es

> *«un medio casi sin igual para conocer al Otro desde el interior, para meterse en su piel, en sus pensamientos, sin recelar de su caos, sin tener miedo de ser invadido, sin asustarse demasiado de la proyección de su interioridad en nosotros».*[20]

Y agrega que la enseñanza de la literatura debería ser «una calidad de escucha, de atención a los matices, a las singularidades, a ese milagro único que representa cada ser humano».[21]

Esto no es un lujo humanista. Es una competencia profesional para quienes trabajamos en comunicación. Tenemos que conocer a las personas; a los que no piensan como nosotros, sin reducirlas a su caricatura. Como dice Malcolm Gladwell nuestro problema es que hablamos poco y mal con los extraños.[22]

---

[18]Paul Ricoeur, *Sí mismo como otro* (Madrid, Siglo XXI, 1996; original francés de 1990) y *Tiempo y narración* (3 vols., 1983-1985).

[19]Michèle Petit. *Leer el mundo. Experiencias actuales de transmisión cultural* (Buenos Aires, FCE, 2015),

[20]Michèle Petit, *op. cit.*

[21]Michèle Petit, *op. cit.*

[22]Malcolm Gladwell, *Talking to Strangers* (Nueva York, Little, Brown, 2019); en español, *Hablar con extraños* (Madrid, Taurus, 2020).

Hannah Arendt hizo del reconocimiento de la pluralidad —el hecho de que los seres humanos somos iguales y, a la vez, cada uno distinto— la condición de la vida política.[23] La socióloga argentina Irene Vasilachis nos enseñó a distinguir en el discurso la identidad que compartimos como personas de las propiedades existenciales que nos separan.[24] Sin estas diferencias no sería necesario comprender, aprender a comprender.

¿La lectura, entonces, nos aleja de la realidad? Es una sospecha antigua: don Quijote enloqueció de tanto leer. Pero el peligro hoy ya no es el exceso de lecturas, sino más bien la falta de apertura a los mundos que nos traen los libros. La lectura ayuda a recuperar la conexión. La conexión consigo mismo, con los demás, con nuestro entorno es para Helmut Rosa, el remedio contra la aceleración. La lectura puede ser, incluso, lo contrario del solipsismo. No es casual que Descartes, que fundó la filosofía en un yo que duda a solas, se jactara de haber dejado los libros para leer en «el gran libro del mundo».[25] Hoy, por paradójico que parezca, los temas más profundos —la culpa, la muerte, la violencia, el cuidado— nos llegan sobre todo a través de la ficción literaria o fílmica.

En la novela *Stoner*, de John Williams, hay una escena conmovedora para mí: un profesor le pregunta a un joven estudiante de agronomía qué le está diciendo un soneto de Shakespeare, y le hace notar que ese poeta le habla a él, a través de trescientos años.[26] La pregunta cambia la vida del muchacho que procediendo de un ámbito rural y alejado del todo del mundo académico se convierte en profesor universitario. Fue una de las últimas grandes lecturas sobre la que conversé con mi padre, con quien la conversación sobre libros era un factor de cercanía y mutua aclaración vivencial. “Pobre Stoner”, me decía. Solía hablar de los personajes de ficción como si fueran personas. Harold Bloom

[23]Hannah Arendt, *La condición humana* (Barcelona, Paidós, 1993; original inglés de 1958).

[24]Irene Vasilachis de Gialdino, *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales* (Barcelona, Gedisa, 2003).

[25]René Descartes, *Discurso del método* (1637), primera parte.

[26]John Williams, *Stoner* (Nueva York, Viking, 1965); en español, Madrid, Ediciones Baile del Sol, 2010, y Barcelona, Penguin Random House.

aseguraba que conocemos más a Hamlet que a Shakespeare. Los libros sirven, entre otras cosas, como excusa para hablar de los temas realmente relevantes.

En tercer lugar, la lectura nos enseña a leer como escritores. Leer subrayando, escribiendo al margen, llenando cuadernos de notas como «mis monstruos». Desde que terminé la carrera estos cuadernos me acompañan todo el tiempo. Les llamo monstruos por sugerencia de un libro que dejó huella en mí: *El trabajo intelectual* de Jean Guitton. Guardo más de cincuenta. La idea es registrarlo todo sin orden ni concierto para que no se filtren a causa de mi distracción "los licores más ciertos de la vida", como le llamé a un libro de poesía que publiqué hace mucho tiempo. La glosa al margen es la forma más antigua del ensayo: el ensayo es una lectura escrita.

Leer como escritor es practicar una lectura productiva. Pienso en el lector más implacable de todos que fue Jorge Luis Borges y en su cuento «La muerte y la brújula», para algunos el mejor cuento policial de la Argentina.[27] Un asesino comete tres crímenes equidistantes en el tiempo y en el espacio formando un triángulo, pero dejando al detective que lo persigue indicios de que habrá un cuarto crimen en lugar y tiempo preciso como para completar la serie. La víctima de ese cuarto crimen será el detective. El detective Lönnrot lee los crímenes como un erudito, buscando el patrón cabalístico. Pero el asesino, Red Scharlach, es mejor lector todavía: lee la lectura de Lönnrot, la anticipa y la usa para tenderle una trampa.

Leer como escritor es arribar al nivel de la metalectura. Todo texto habla, de algún modo, de sí mismo. A veces explícitamente: la literatura dentro de la literatura: el teatro dentro del teatro en *Hamlet*, los personajes de la segunda parte del *Quijote* que ya leyeron la primera. A veces implícitamente: *La ventana indiscreta*, de Hitchcock, es una película sobre el acto de mirar, y por lo tanto sobre el espectador de cine.[28]

[27]Jorge Luis Borges, «La muerte y la brújula», en *Ficciones* (Buenos Aires, Sur, 1944).
[28]Alfred Hitchcock (dir.), *Rear Window* (*La ventana indiscreta*), Paramount, 1954.

Y leer como escritor es conocer los mecanismos, y esto es trasladable a los mecanismos intelectuales. Leer al teórico de la comunicación argentino Eliseo Verón, por caso, no es solo aprender sus conclusiones: es aprender su método, su manera de construir un objeto. Incorporar estructuras, pautas de comportamiento, leer como escritor, llegar al nivel de la metalectura, todo eso va conformando un método de lectura.

La literatura, dijimos, enseña a buscar formas. También las relaciones humanas tienen formas. El análisis de redes que hoy hacemos con software no es muy distinto del sociograma ni de las flechas de un organigrama, coordinación entre funciones que en las organizaciones son más importantes que los roles funcionales: se trata de ver las relaciones, las conexiones, la red de conversaciones. El texto, entonces, no es solo lo escrito. La semiótica nos enseñó que si se cuenta con un método se puede leer una película, un cuadro, un ritual, una organización.

III. Leer en comunicación: comprender para intervenir

La comunicación enraíza en las ciencias sociales: busca comprender comportamientos, sistemas sociales, dinámicas de los medios. Así como hay herramientas técnicas en la capacitación práctica—un programa de diseño, un protocolo de crisis— hay también herramientas conceptuales: definir conceptos, saber a partir de qué indicadores se puede medir su presencia, su intensidad o su orientación, reconocer sus dimensiones, construir modelos.

Entiendo la comunicación como una ciencia hermenéutica que aspira a intervenir. Para resolver problemas, primero hay que definirlos bien. De acuerdo con la encuesta KCI (*Key Communication Indicators*) que realizamos cada año desde la Escuela de Posgrados en Comunicación para AMCHAM, la prioridad de las direcciones de comunicación de las empresas más grandes que operan en el país es velar por la reputación de la marca corporativa. Pero ¿cómo medir la reputación de una marca en la era de la IA? Antes de elegir la herramienta hay que entender qué es una marca y frente a quiénes se quiere tener qué reputación. Definir sirve para elegir la solución adecuada —no es lo

mismo una crisis que un riesgo o que un conflicto, y cada uno pide una respuesta distinta-. Uno de los problemas del expresidente Alberto Fernández durante la pandemia fue que manteniendo la misma estrategia sanitaria cambió el modelo de comunicación de sus discursos desde una comunicación de riesgo que promovía la coordinación social a otra al servicio del conflicto y la competencia electoral.

¿Qué ventaja tiene sobre las capacidades técnicas la capacidad de pensar, reflexionar, conceptualizar? En nuestro tiempo en que es tan fácil reunir información hay dos grandes caminos de conocimiento: acumular resultados de experimentos, a veces contradictorios y cambiantes, o profundizar en casos hasta descubrir sus estructuras más estables y significativas. La lectura entrena para comprender. Comprender es empezar a ver algo que antes no veíamos, o verlo de una manera distinta.

¿Qué es eso que empezamos a ver? Cómo se relacionan los sujetos con sus mundos. Jürgen Habermas distinguía el mundo objetivo, el social o intersubjetivo y el subjetivo.[29] Edgar Schein, en el estudio de las organizaciones, distinguía los niveles de la cultura: los artefactos visibles, los valores declarados y los supuestos o creencias básicas que no se dicen y se manifiestan en los comportamientos, lo que se podrían relacionar con aquellos tres ámbitos del mundo de la vida.[30]

El problema de investigación empieza cuando algo se interrumpe: un ruido, una discrepancia, una desconexión en el flujo de la vida social. Hacerse cargo del problema es leer cómo los protagonistas producen sentido y si ese sentido es funcional al contexto o no. Intervenir es proponer una reconceptualización o un cambio de estrategia. Esto requiere un método para detectar el método fallido y un método para reparar la falla: estructurar mejor el problema, explicitar las hipótesis sobre los mundos con las que los actores trabajan, ponerlas a prueba

[29]Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa* (Madrid, Taurus, 1987; original alemán de 1981).

[30]Edgar H. Schein, *Organizational Culture and Leadership* (San Francisco, Jossey-Bass, 1985); en español, *La cultura empresarial y el liderazgo* (Barcelona, Plaza & Janés, 1988).

—falsarlas— o proponer hipótesis donde faltan. La intervención es, a su vez, una hipótesis alternativa, superadora del sentido común de los miembros de la organización, que también debe ser evaluada y perfeccionada.

Comprender requiere comparar: detectar el patrón supuesto y verificar, en la medida de lo posible, si se ajusta a lo que efectivamente sucede. Chris Argyris y Donald Schön lo llamaron la distancia entre la teoría declarada y la teoría en uso.[31]

Investigar en comunicación es adelantar el análisis: leer como quien anticipa la recepción, igual que Scharlach en el cuento de Borges. Y la solución comunicacional consiste en agregar sentido, en producirlo, en contar una historia mejor.

Desde hace treinta años analizo casos de comunicación mediática, política y corporativa. Así, en los últimos años estudié un corpus extenso de discursos de Cristina Kirchner para caracterizar *el populismo como un relato*. He estudiado también recursos discursivos específicos de la política como el empleo de *petite phrases* (frases que se convierten en titulares de diarios o en tuits) que se adaptan a las condiciones de producción y circulación de la política por las plataformas.

Hoy analizo la estrategia comunicacional del presidente Milei en la que se combina una *retórica memética*, por medio de la cual divulga su ideología libertaria por las redes sociales hasta popularizar una narrativa económica, con el *trolling* que mantiene vigente la confrontación con la casta en lo que he caracterizado como *polarización vertical*.

[31]Chris Argyris y Donald A. Schön, *Theory in Practice: Increasing Professional Effectiveness* (San Francisco, Jossey-Bass, 1974).

Al revisar esos trabajos para preparar esta clase encontré que, sin haberlo formulado así, sigo un mismo método de lectura. Una síntesis provisoria podría ser esta:[32]

1. **Detectar la irrupción.** Partir de un acontecimiento o de un texto que rompe una rutina: un caso, un estallido social, una crisis, discursos disruptivos. La extrañeza es el disparador. El no poder encajarlo fácilmente en lo ya conocido.
2. **Recortar el caso y su contexto.** Armar una muestra teórica por su tipicidad o por su anomalía, con hitos, y una muestra de contraste. La decisión aquí es delimitar el caso de su contexto, lo cual ya contiene una hipótesis de lectura.
3. **Segmentar el tiempo.** Etapas, fases; introducción, nudo y desenlace.
4. **Leer la enunciación.** Quién habla, a quién, con qué *ethos*, con qué contrato de lectura.
5. **Leer el relato.** Actantes, héroe y antagonista, programa narrativo, puntos de giro.
6. **Leer las marcas en la superficie.** Que son un reflejo del cambio contextual. Rótulos, metáforas, frases destacables, rupturas de isotopía, figuras retóricas.
7. **Reponer los contextos.** El contexto corporativo o de poder, el modelo de comunicación, la red de discursos en la que el caso se inserta, la interfaz y la plataforma por la que circula.
8. **Triangular.** Con la recepción, con datos cuantitativos o computacionales, con la bibliografía experta.

[32]La síntesis surge de la comparación de veintidós trabajos propios publicados entre 2002 y 2026; entre ellos, *Conmoción pública. Los casos mediáticos y sus públicos* (Buenos Aires, La Crujía, 2010) y *Grieta entre el relato y la conversación* (2022/2023).

9. **Inferir el modelo implícito y generalizar en la teoría.** Qué teoría de los actores, de los medios y del público supone el caso, y qué agrega este nuevo caso a la teoría.

Muchos de esos pasos vienen de mis lecturas, incluso literarias: la extrañeza, el relato, las metáforas, las formas. Método de lectura sometido en la ciencia social a la disciplina del caso, del contraste y de la triangulación.

El método tiene dos momentos. Primero, una lectura horizontal y secuencial del conjunto, que sigue la línea del tiempo: es el momento de segmentar, descomponer, analizar. Los antiguos lo llamaban *ars destruens*. Después, una lectura vertical: recomponer, sintetizar, el *ars construens*. Ahí aparecen niveles de sentido que se aplican recursivamente a todo el corpus.

Con ese método se pueden construir modelos, como el que propuse para los casos mediáticos conmocionantes y los casos posmediáticos y sus públicos digitales.[33] Se puede estudiar la correlación entre las modalidades discursivas y los dispositivos tecnológicos: la retórica memética que analicé en el discurso económico de Javier Milei es un ejemplo de cómo la forma del meme rehace el argumento político.[34] Se puede leer la política como una producción de textos, para ver cómo se van instalando los modos de hacer política. La grieta es también una grieta entre modelos de comunicación. Y el objeto de estudio puede ser una práctica social, como el vínculo que las *swifties* establecen con Taylor Swift más allá de su música o empresas o sectores industriales -como Banco Provincia, YPF o el sistema agro- donde mapear sus tres niveles de conversación: con los *stakeholders*, de los lideres con sus equipos y de la organización consigo misma.

[33]Damián Fernández Pedemonte, *Conmoción pública*, ob. cit.

[34]Damián Fernández Pedemonte, «Retórica memética en la narrativa económica de Javier Milei» (2026); y «El meme como retórica, narrativa y crítica» (McGraw Hill, 2026).

▶ DIAPOSITIVA 18 · Movimiento IV

IV. Leer, escribir y conversar en la era de la IA

Llego al cuarto movimiento. ¿Qué cambia con la inteligencia artificial? En la Facultad de Comunicación hemos creado un Grupo de Investigación que se llama LexIA y que reúne los proyectos que se ocupan de la lectura y la escritura con la IA. Un gran modelo de lenguaje funciona por predicción estadística: a partir de enormes cantidades de texto, transformado en bloques, calcula cuál es la continuación más probable. Cuantos más datos, mejor. Por eso es extraordinario en la medida que nos aporta información, conceptos ya definidos, métodos ya usados. Sirve muy bien para el metaanálisis, para recorrer la bibliografía. Aunque buscar a posteriori fuentes que confirmen la hipótesis defendida no es lo mismo que construir un marco teórico.

Pero el sistema de medios, las audiencias y las agendas están en evolución continua, y evolución quiere decir combinación de continuidad y cambio. La IA no puede predecir la disrupción, que a mí es lo que más me interesa estudiar. El lenguaje humano con su flexibilidad y creatividad tiene una notable capacidad de lidiar con la realidad dinámica e inabarcable a partir de la combinatoria de lo poco, no de intentar reunir cada vez más datos. Esa falta de correspondencia entre los datos y la realidad total es también, en el terreno ético, nuestro margen de libertad y de nuestra responsabilidad en las decisiones que tomamos. La máquina, en cambio, no es responsable. Afirma Daniel Innerarity: «Una propiedad de la inteligencia humana es su capacidad de habérselas con la novedad en sus diversas formas: la innovación, el cuestionamiento y la ruptura de lo existente, la capacidad crítica, la gestión de la incertidumbre o la aportación de ideas nuevas.»[35]

La IA puede acelerar la ejecución, pero el diseño y la estrategia tienen que estar antes: tener claros los objetivos, saber a quién nos dirigimos, qué medios se adaptan mejor al tipo de datos que buscamos. Y tenemos que cuidar la

[35] Daniel Innerarity, *Una teoría crítica de la inteligencia artificial* (Madrid, Galaxia Gutenberg, 2025).

pertinencia, porque la IA por ahora la reduce: alucina, mezcla, atribuye mal. Lo vi, por cierto, mientras preparaba esta clase. *Claude* no me termina de entender, aunque no creo que eso sea una limitación del sistema.

Mi propia investigación me ofrece un argumento empírico. En los trabajos que hice con colegas de ciencias de la computación usando *word embeddings* aparece una clara división del trabajo. El algoritmo agrupa y mide. La lectura semiótica, en cambio, desambigua: en el estudio sobre el cacerolazo en Ecuador de 2019, intentando comparar el sentido que se le asignaba a la palabra cacerolazo en los medios y en X, el modelo clasificaba mal la ironía o interpretaba mal el contexto de algunas publicaciones, que la lectura humana podía reconocer.[36] La lectura humana interpreta mejor la connotación de las palabras, como en el índice de pertinencia que propusimos para medir el nivel de competencia técnica versus el nivel de ideologización del discurso político.[37] Y la lectura repone el relato: en el estudio sobre las emociones durante el paro en Ecuador de 2022, las emociones solo se entendían en relación con los movimientos del sujeto respecto de un suceso dentro de una narración.[38] No siempre una emoción clasificada de antemano como negativa lo es. La indignación frente a una injusticia, por ejemplo, es una emoción positiva. Es algo que la IA aprendió de los expertos humanos. Para armar un índice de polarización del discurso político tenemos mucha discusión entre los miembros del equipo de investigación sobre los indicadores y sus pesos, antes y después de correr el modelo de IA. Eso es lo que hoy se llama *human in the loop*: la experta o el experto definen las preguntas y las hipótesis, interpretan y validan. Pero nada de eso es posible sin antes haber adquirido una metodología para leer.

[36]Damián Fernández Pedemonte, L. Recalde, G. Baquerizo-Neira y J. C. García, «Framing the Cacerolazo» (2022), sobre 119.756 tuits de la protesta de 2019 en Ecuador.

[37]J. C. García, D. Fernández Pedemonte, C. Vaca y M. Baquerizo-Neira, «A Pertinence Score for Political Discourse Analysis» (ACM, 2024), sobre las elecciones colombianas de 2018.

[38]D. Fernández Pedemonte, G. Baquerizo-Neira y J. C. García Plua, «Emociones dominantes en contexto de protesta. Ecuador» (2023).

Frente a esto, en las universidades se distinguen tres reacciones. La primera es la de la ruptura: la IA rompió el ensayo, la evaluación, el pensamiento; se terminó la autoridad de la cultura impresa. La segunda es la resistencia: multiplicar las prohibiciones, los detectores de plagio, la vuelta al examen manuscrito. La tercera es el entusiasmo publicitario: un tutor personal para cada alumno, licencias institucionales, marketing. Las tres tienen algo de verdad y las tres fallan en lo mismo: miran el resultado y no el proceso. Hay otra respuesta, que es la de seguir enseñando un método de lectura a la par que se incorpora críticamente la IA, seguir enseñando a escribir y a conversar.

Escribir es pensar. Hay ideas que nos esperan en la escritura y que no llegan de otro modo. Escribir es organizar, estructurar; por ejemplo, reconstruir la teoría implícita con la que actúan los actores sociales. Es un proceso de descubrimiento. El esfuerzo de la escritura deja huella porque pasa por el cuerpo.

Los hechos sociales no son textos, pero las teorías sí. Las ciencias sociales suelen tratar el texto como el envase final de una investigación que ocurrió en otra parte. Para Bruno Latour, en cambio, escribir es el lugar donde la investigación sucede o fracasa. Compara el informe del sociólogo con el laboratorio del científico: un espacio artificial cuya artificialidad no le quita objetividad, sino que se la da, en la medida en que cumpla con los recaudos del método científico. En un mal texto, unos pocos actores —el capital, el poder, la clase social— funcionan como causas únicas: el texto ya conocía la respuesta antes de describir. En un buen texto, cada participante del fenómeno social que se está analizando hace algo, introduce una diferencia, es un mediador pleno. La red no está allá afuera; es una propiedad del texto, que la muestra o no la muestra.[39]

En las épocas de incertidumbre como esta necesitamos conversar más que nunca. El trabajo intelectual es una construcción colectiva, entre los colegas y con las tecnologías. En el *Fedro*, Sócrates desconfiaba de la escritura porque el

[39]Bruno Latour, *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red* (Buenos Aires, Manantial, 2008; original inglés de 2005), cap. «Quinta fuente de incertidumbre: escribir informes de riesgo».

texto no puede responder: si se le pregunta algo, calla.[40] Para Sócrates, la verdad —la *aletheia*, el desocultamiento— no era un proceso pasivo, sino un intercambio vivo de preguntas y respuestas que actuaba como partera del alma: la mayéutica. Hoy tenemos, por primera vez, textos que responden. La cuestión es si les hacemos las preguntas socráticas o si solo les pedimos respuestas rápidas.

La IA puede ser un buen asistente si la usamos como interlocutor para iterar, discutir, pedirle que objete, que nos muestre lo que no vimos. Pero hay que mantener clara una diferencia: no es lo mismo el conocimiento que se posee que la información que se consulta. Solo lo que poseemos nos permite comprender lo nuevo.

El algoritmo ocupa hoy el lugar que antes ocupaba la musa, y la tentación es enorme, porque pensar cansa, dudar incomoda, recordar se complica y dialogar duele. Lo que el humano debería aportar a esa conversación es justamente lo que la máquina no tiene: experiencia vivida, fragilidad, memoria, afecto, incertidumbre y tiempo.

Cierre. Lo que podemos hacer los profesores

Los datos más recientes muestran que el uso de la IA entre estudiantes universitarios es casi universal. En la encuesta británica del Higher Education Policy Institute y de Kortext publicada en marzo de 2026, sobre 1.054 estudiantes de grado, el uso más extendido es pedirle a la IA que explique conceptos, algo que hace alrededor del 61 %.[41] El primer informe educativo de Anthropic, basado en más de medio millón de conversaciones de estudiantes con Claude, encontró que una de cada tres pedía explicaciones.[42] Es decir: los estudiantes usan la IA, sobre todo, para que les explique.

---

[40] Platón, *Fedro*, 274b-277a.

[41] Rose Stephenson y Charlotte Armstrong, *Student Generative AI Survey 2026*, HEPI Report 199 (Londres, HEPI / Kortext, marzo de 2026).

[42] Anthropic, «Anthropic Education Report: How University Students Use Claude» (8 de abril de 2025): 39,3 % de las conversaciones se dedicaban a crear o mejorar contenido educativo y 33,5 % a explicaciones o soluciones técnicas.

Quizás esto sea revelador de un problema antiguo, muy anterior a la IA. En 1965, Pierre Bourdieu y su equipo mostraron que la relación pedagógica se sostiene en un malentendido lingüístico: los profesores creen que los estudiantes entienden sus palabras, y los estudiantes creen entender cuando llegan a familiarizarse con ellas.[43] Una vez les pedí a mis alumnos que interpretaran el sentido de un videoclip de Radiohead, y no entendieron la consigna porque buscar el sentido de un videoclip para ellos no tenía ningún sentido. Otra vez descubrí que no entendían la palabra «prerrogativa», que yo usaba siempre para hablar de las prerrogativas del discurso de poder. Hay malentendidos entre lo que es la enseñanza y el aprendizaje, entre promoción y formación, entre título y competencia. Los modelos de lenguaje pueden profundizar ese malentendido, porque producen rapidez de contestación de los *tests* sin aprendizaje.

Un experimento aleatorio con 117 estudiantes universitarios, publicado en el *British Journal of Educational Technology* en 2025, lo mostró con claridad: quienes escribían con ChatGPT mejoraron más sus ensayos que los otros grupos, pero no aprendieron más sobre el tema ni ganaron motivación. Los autores lo llamaron «pereza metacognitiva».[44] Es como si necesitáramos un test de Turing al revés, para humanos: no para saber si la máquina parece pensar, sino para saber si el estudiante pensó. La prótesis cognitiva funciona tan bien en la capa del resultado que tapa la atrofia en la capa del proceso[45].

¿Qué podemos hacer? Valorar el proceso más que el resultado. El resultado es provisional; uno reemplaza a otro. El proceso es incremental. Evaluemos borradores, cuadernos de notas, versiones, conversaciones. Promover la lectura de textos completos. Ficción y ciencia. Defender la clausura, la lectura vertical,

---

[43]Pierre Bourdieu, Jean-Claude Passeron y Monique de Saint Martin (eds.), *Rapport pédagogique et communication* (París / La Haya, Mouton, 1965); en inglés, *Academic Discourse: Linguistic Misunderstanding and Professorial Power* (Cambridge, Polity, 1994).

[44]Yizhou Fan et al., «Beware of metacognitive laziness: Effects of generative artificial intelligence on learning motivation, processes, and performance», *British Journal of Educational Technology*, 56(2), 2025, pp. 489-530.

[45] Citados por Javier González- Patiño. “Inteligencia artificial en la universidad: ampliación de la brecha entre enseñar y aprender”. 421, 21 de octubre de 202: https://www.421.news/es/inteligencia-artificial-universidad/

el texto que se termina. Pedir lecturas escritas. Glosas, comentarios, ensayos breves que dialoguen con un texto: lecturas productivas. Usar la IA como interlocutor socrático, no como oráculo. Pedirle objeciones, contraejemplos, preguntas. Explicar mejor. Construir artefactos de explicación estables, que los estudiantes puedan recorrer, y enseñar a aprender a aprender. Averiguar qué pasa en la vida de nuestros estudiantes y en qué momento tecnológico se encuentran, para que el refuerzo esté donde importa y despertar una motivación intrínseca. Conversar sobre libros. Con ellos y entre nosotros. Contar qué estamos leyendo. El ejemplo del profesor lector sigue siendo la mejor campaña de promoción de la lectura.

La lectura es éxtasis, porque nos saca de nosotros mismos, pero también es envío: nos devuelve al mundo con algo que hacer. Detiene el flujo, nos saca de la distracción, y en ese corte encontramos una forma de plenitud. Una plenitud que comprende una misión. Es un don para los demás.

Simone Weil decía que la atención es la forma más rara y más pura de la generosidad.[46] Los profesores vamos a mantener la relevancia de la universidad, no el mimetismo con un entorno acelerado, facilista y cazador de títulos. Más que pensar los cursos desde el marketing a la medida de alumnos que no tienen interés de invertir tiempo en formarse, estudiantes a los que les gustaría cursar posgrados en tiempo cero, superponiendo la clase online con otras actividades, conversemos más entre nosotros, tengamos la valentía de reconsiderar los objetivos formativos de nuestras materias. Somos nosotros los que tenemos que proponer los contenidos y la didáctica de los cursos a partir de los conocimientos que creamos, si queremos seguir ofreciendo algo genuino que no ofrezcan las plataformas, los centros de capacitación técnica o la misma IA. Repensemos juntos la universidad con una apuesta decidida por la centralidad de la formación personal, por la presencialidad de los cuerpos, por la conversación humana. Nosotros ya estuvimos ahí antes de que apareciera la IA, tenemos para aportar lo más importante, aquello de lo que los alumnos carecen.

[46]Simone Weil, carta a Joë Bousquet (13 de abril de 1942), en *Correspondance* (Lausana, L'Âge d'Homme, 1982).

Es necesario recuperar la autoestima, la seguridad, el entusiasmo que nos da el saber leer, el haber gustado para siempre del sabor de la lectura.

Muchas gracias.